

# El Instituto como crisol de ciencia y cultura para la sociedad: Una institución más allá del ocio y del negocio.

Santiago Jorge Paricio Martín

*Tan solo por la educación puede el hombre llegar a ser hombre.*  
Immanuel Kant

“ Es necesario reflexionar sobre esta revalorización, en ocasiones olvidada, del papel de nuestros Institutos. ”

En el presente artículo se plantea una reflexión sobre la concepción del Instituto como un lugar excepcional en la vida diaria y cultural de las poblaciones, negando visiones encaminadas a verlo como un lugar de ocio e incluso de negocio. En este sentido, se pretende fomentar un proceso de revalorización de estos centros educativos, su papel en la sociedad y la importancia que tienen para el futuro de las personas que se instruyen en ellos.

Comenzaremos por una recomendación: sería interesante que cualquier ciudadano pudiera pasar un día completo en un Instituto. La primera impresión que tendría al entrar sería la cantidad de movimiento en los cambios de clase, de ruido, de gente yendo y viniendo, cada cual con sus mochilas, carteras, batas, cuadernos... Al pasearse por los pasillos podría escuchar a profesores diferentes hablando de cada una de

las ramas del saber. Podría ver a los alumnos trabajando, interactuando entre ellos, aprendiendo no sólo las bases de nuestro conocimiento, sino las normas de conducta de nuestra sociedad, las cuales les servirán en futuros trabajos. Podría apreciar los diversos tipos de enseñar y de aprender, y pasaría de escuchar en una zona a alumnos tocando música o cantando en coro, al silencio de los exámenes, el bullicio del taller de tecnología, los debates de lengua, la fatiga en los polideportivos, la atención hacia los documentales de historia o el mutismo de quienes miran por los microscopios. Además, esta persona intrusa en un mundo diferente disfrutaría de los tiempos de recreo, llenos de aprendizaje social; se sorprendería con alumnos “turistas” de intercambios con otros países, y escucharía sus lenguas, vería la llegada de jóvenes que vienen de una excursión para descubrir nuestra tierra, y se daría cuenta de



Ilustración de Sergio Abrain.

la dificultad de encauzar a aquellos que, en los pasillos o en la sala de expulsados, no atienden a normas, autoridad o respeto.

Este ciudadano, si además pudiera introducirse en cada Departamento y cada reunión de profesores, podría apreciar la mezcla de saberes y de pedagogía en estado puro. Unos hablarían de física, otros, al lado, de arte. Unos comentarían medidas para mejorar el ambiente en una clase, y otros hablarían de ideas para mejorar la enseñanza de matemáticas, lingüística o geología. En reuniones y descansos podría apreciar los logros y dificultades de cada una de las ciencias y saberes, de cada metodología y las conexiones entre estas. En pocos lugares podrá encontrar tal mezcla de especialistas: físicos, filósofos, lingüistas, geólogos, biólogos, artistas, matemáticos, historiadores, teólogos, economistas, músicos, literatos, entrenadores y deportistas,

ingenieros, maestros, psicólogos, químicos... todos ellos, llamados en general profesores, estarán aprovechando sus conocimientos como expertos en cada ciencia distinta con una única finalidad: la educación de la sociedad y la transmisión del conocimiento útil para el desarrollo del trabajo de las futuras generaciones.

Pero, más allá de sus paredes y aulas, el ciudadano que se anime podrá ver la influencia del Instituto y sus ciencias en las calles y medios de transporte cercanos a él. Así, de camino a clase, podrá escuchar a cada grupo de adolescentes hablando, en ocasiones bien y en otras mal, de sus materias, exámenes, trabajos, profesores, problemas y redacciones, libros y deportes... Los autobuses de las ciudades en estas horas se transforman gracias a estas conversaciones en foros de debate de jóvenes que comentan sus asignaturas diarias. Y es que el

Instituto llega a cubrir buena parte del tiempo libre de los adolescentes de forma indirecta. El estudio y la práctica, la lectura de literatura, la realización de trabajos y las primeras investigaciones, las excursiones, los trabajos en grupo, el estudio en la biblioteca, los recitales y audiciones... todos estos resultados vienen a completar la vida de un adolescente en periodo de formación cultural, científica y social.

Paradójicamente, la educación de los jóvenes supone en ocasiones una reeducación de su familia, siendo ésta partícipe de las lecturas y asignaturas que se imparten. Así, muchas familias repasan contenidos ya olvidados gracias a la educación de sus hijos, leyendo lecturas voluntarias y obligatorias, comentándolas en familia, fomentando una divulgación cultural y científica más allá de la educación directa a los jóvenes ciudadanos. Y no sólo mediante el seguimiento que hacen las



familias se potencia la reeducación y actualización de conocimientos intergeneracional, sino que, en numerosas ocasiones, los Institutos fomentan cursos, convivencias, actividades, exposiciones, conciertos, excursiones o grupos de lectura, en los que, en su tiempo libre, padres, profesores y alumnos pueden participar voluntariamente y crear conocimiento compartido. Así pues, la dinámica que imprimen los profesores a sus alumnos da un gran salto al resto de la Comunidad Escolar, siendo un promotor cultural en sus respectivas localidades.

Es necesario reflexionar sobre esta revalorización, en ocasiones olvidada, del papel de nuestros Institutos. Quizá pueda observarse mejor en el ámbito rural, donde aquel pueblo que logra acoger un Instituto es consciente de la importancia y singularidad que este tiene para la vida cultural y científica local. Lejos de ser lugares de cuidado y aleccionamiento de

“ La Comunidad Escolar como agrupación de alumnos, familias, sociedad y docentes es uno de los elementos más frágiles pero más potentes de la sociedad. ”

los adolescentes, o potenciadores de sus futuras cualidades laborales, que también, son polos de desarrollo del conocimiento en mayúsculas. En ellos trabajan simultáneamente especialistas de las ramas más importantes del saber humano, y gracias a ellos no solo se educa y cultiva a la sociedad del futuro, sino que cada pueblo o ciudad donde se instala un Instituto ve cómo en sus calles, en sus casas y en sus centros cívicos, parte de su tiempo de ocio se invierte en la actualización y desarrollo del saber. Nuestro ciudadano es libre de entrar en esa Comunidad Escolar y beneficiarse

de todo el saber contenido en un único edificio. Debe alejarse de la actual visión del Instituto, denostada y caduca, y comprender que, en realidad, allí no hay únicamente ocio presente o negocio futuro para los jóvenes, sino que hay un crisol de increíble riqueza y valor para la sociedad. Ha de animarse a ver a los profesores como expertos en sus materias con experiencia docente, y no como enemigos, policías o guardianes de los adolescentes. En la actual situación económica, deben entenderse las prácticas y tareas del Instituto como una oportunidad de cultivo y mejora individual y familiar, y valorar las acciones que desde ellos se potencien. Así, cuando pase por delante de un Instituto, nuestro ciudadano debe pensar en la variedad de gente que está allí dentro, de talentos, de situaciones familiares, sociales y económicas, y en cómo todos son iguales y pueden recibir la misma educación. Es más,





Fotografías de Simeón Ullod.

puede alimentarse él mismo de esta riqueza participando en la vida del centro, fomentando su dignificación y apoyando sus actividades. Los especialistas en cada rama del saber con voluntad y experiencia docente, llamados también profesores, deben transmitir sus conocimientos y los valores del sistema educativo en situaciones, en ocasiones, complicadas. No sólo por el comportamiento de algunos alumnos, sino por la falta de apoyo social e institucional. La labor que realizan los Institutos como motores de conocimiento y educación no es sencilla. Para que la maquinaria funcione y pueda irradiar sus beneficios como debiera se requieren medios humanos, económicos y materiales. La Comunidad Escolar como agrupación de alumnos, familias, sociedad y docentes es uno de los elementos más frágiles pero más potentes de la sociedad. El Instituto no es un edificio más. Más allá de visiones que lo reducen

a un lugar de ocio o negocio, es, para muchos pueblos, barrios y ciudades, el mayor generador de cultura y conocimiento social.

En definitiva, este hecho podrá parecerle utópico o exótico al ciudadano que camine por delante de un Instituto. Una solución para que cambie de opinión es que, cualquier día, entre por su puerta y se deje asombrar.